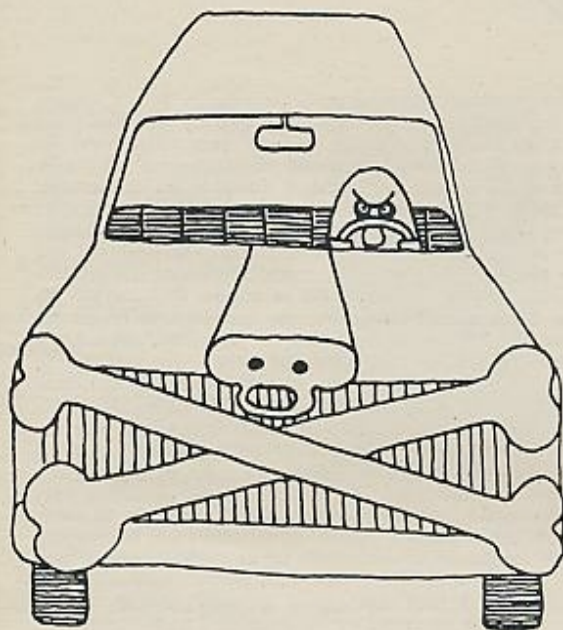


MALCOLM HANCOCK



cionar con un estatuto su imprecisa aunque afortunada profesión. No todos son simpáticos, pero frente a ellos se tiene la sensación de que en seis meses serían capaces de imponerle a uno como arzobispo de Nueva York.

Y, sin engaños, le precisan a usted: se trata sólo de llegar a saber con exactitud qué es lo que quiere la gente y dárselo (o, al menos, decirse) del mejor modo.

Los consejeros políticos cuestan muchísimo, pero están seguros de valer el precio que piden. En su mayor parte son americanos: celebran sus congresos en París, Florencia, Londres, para abrirse un nuevo mercado, para captar también al político europeo dotado de ambiciones y de capital. Mientras tanto, en Florencia comienzan a emerger las diversidades de tono entre Europa y Estados Unidos.

Michael Bongrand ha declarado: «Nosotros, los consejeros europeos, tenemos las manos atadas porque nos han sido prohibidos los instrumentos principales de nuestro trabajo: la televisión y la prensa». El ha conseguido en varias ocasiones victorias para De Gaulle, pero, por desgracia, no se encuentran todos los días generales así. El filipino Robert Squier e incluso Mícen Feldern, consejero de las Iglesias sudamericanas del disenso, se mostraron de la misma opinión.

Bongrand explicó la situación francesa: «Hay un solo De Gaulle. Lecanuet dice las cosas con demasiada anticipación. Mendès-France es demasiado inteligente».

Según Martin Haley, McCarthy ha fracasado sólo en uno de los objetivos que se había fijado, la presidencia, pero consiguió acercar a los jóvenes a la política, así como iniciar un debate nacional totalmente franco sobre el Vietnam y romper la esclerosis de los cuadros del partido demócrata. En cuanto a los

juicios sobre los presidentes americanos, es necesario ir con tacto. «Naturalmente que no es siempre el mejor el que vence, pero esto es justo y oportuno. Truman fue el mejor de este siglo porque supo tomar a tiempo sus mejores decisiones: desde el plan Marshall hasta la intervención en Corea». (¿La bomba atómica? «Esto es harina de otro costal».)

¿Roosevelt? «Fue grande desde el 32 al 36, luego no pudo hacer otra cosa». ¿Humphrey? «No vale para la televisión». ¿Los Kennedy? «John era un filósofo; Robert, un político (que quizá «quiso» morir cuando se dio cuenta de que no iba a conseguir su propósito); Ted es el más normal: en 1984 tendrá la misma edad de Nixon al ser elegido. O se retira dentro de unos pocos meses o para aquella fecha será presidente».

Los partidos mayoritarios en Italia no quieren saber nada de consejeros electorales: «No vendemos quesillos, proponemos ideologías».

Pero los consejeros atacan: «Malgastan el dinero, se equivocan una y otra vez en la televisión, escriben cartas de dieciocho páginas al elector, no conocen los auténticos deseos de las masas».

El mayor enemigo, sin embargo, sigue siendo el sistema electoral. «En nuestro país no se vota al hombre, sino al partido. Si ha de pasar un candidato, pasa sólo porque así lo desea el partido».

Según los persuasores, sólo el sistema electoral consiente a la DC el envío al Parlamento de buen número de los dirigentes actuales. «No hay que confundir la notoriedad con la confianza —dice uno de los expertos del congreso florentino—; creo, por ejemplo, que Andreotti no sería reelegido con el sistema americano; como tampoco Rumor. Nenni, por el contrario, es alguien que gusta».

A pesar de todas sus reservas, la DC y el PSI han instalado en sus domicilios grandes computadores electrónicos IBM. Empezan a comprender lo anticuado del sistema organizativo vigente. «Las migraciones internas y el turismo de masas modifican rápidamente el cuadro del país y ya no basta el activismo

del militante —dice el socialista Manfrin—; pronto pediremos a los otros partidos que nos ayuden en una batalla: conseguir que el tiempo televisivo puesto a nuestra disposición, cada uno lo utilice como cree. Un buen documental vale más que un largo discurso». ■ PIER FRANCESCO LISTRI.

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

VOLVERAN LOS PLATILLOS VOLADORES...

Creo que las autoridades norteamericanas se han precipitado un poco a dar carpetazo a la historia de los platillos volantes.

Desde hace veintidós años, los funcionarios de la Aviación USA seguran atentamente los misteriosos itinerarios de los OVNI, sus apariciones furtivas, sus aterrizajes sorpresa, sus contactos con los terrestres... Pero he aquí que las autoridades del Aire han decidido trazar una raya y cerrar definitivamente el famoso "Libro azul", verdadero registro de todos los platillos que a este mundo nuestro han venido.

¿Por qué tanta prisa, hombre? Es cierto que ahora ya tenemos la Luna, pero aun así. Además, ¿tenemos realmente la Luna? Quiero decir, ¿es seguro que la Luna pueda sustituir con ventaja, en nuestra maltratada imaginación, al sólido y tradicional platillo volante? ¿Quién recuerda ya la historia del "Apolo XII"? Las andanzas de Conrad y Bean (me parece que se llamaban así) transcurrieron en medio de una lejana indiferencia terrestre. Cuando, acompañados del otro (¿cómo se llamaba el otro?), salieron de la cuarentena, tuvieron que renunciar a hacer los chistes de rigor, porque nadie les prestaba la menor atención. Ya nadie se acordaba de nada, y los periódicos tuvieron que explicarnos que se trataba de unos hombres que habían llegado hacia poco de la Luna... La verdad es que nos vamos haciendo muy difíciles, y la próxima vez, lo más probable es que no nos acordemos de poner la televisión...

En esto están las cosas cuando los expertos van y deciden liqui-

dar el filón de los platillos volantes. Es un error. La Luna no puede tomar el relevo. Ya se ha visto con el segundo viaje. De nada sirvió que se inventaran el truco de que se había estropeado la cámara, pues de sobra sabemos que lo que pasa es que no hay nada interesante que ver. Y, de todas formas, parece que se disponen ya a cepillársela con bombas atómicas, so pretexto de saber de qué está hecha por dentro. Esto no podrían hacerlo nunca con los platillos, que saben ponerse a salvo con increíble facilidad.

Los platillos volantes eran rápidos, zigzagantes, intocables. Eran maravillosos trompos siderales que emitían chispitas y una luz azul y anaranjada... Uno de ellos persiguió a un extremeño durante más de una hora por la carretera de Badajoz... Y, sobre todo, despedían misteriosos efluvios que tenían grandes virtudes terapéuticas sobre la doliente y excesivamente triste raza humana...

Sólo los burócratas podían cargárselos. Es cosa hecha, y hoy, en la hora aciaga de su desaparición, no nos queda sino llorar con el poeta:

«Volverán los platillos voladores en nuestra ilusión los sueños [anidar... Pero aquellos cargados de mar- [cianos, y centelleando chispitas de co- [lores, aquellos que veían los bolivianos, aquellos, ay, no volverán».

En fin, feliz año nuevo. ■

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Luis Carandell, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla, Manuel Vázquez Montalbán. FOTOS: Martínez Parra, Europa Press, Cifra y Archivo.